

Mao en la otra ribera

EDUARDO TOCHE*

En diciembre de 1980, Sendero Luminoso ya había iniciado su lucha armada. Se desplegaba fundamentalmente en la sierra central del país y para entonces, si bien había llevado a cabo algunos atentados importantes en la capital, los limeños aún lo veían lejano y extraño. Por eso, solo tuvieron curiosidad y algo de perplejidad cuando en la navidad de ese año los senderistas dejaron un macabro mensaje en varios puntos del centro de la ciudad: perros colgados de postes de alumbrado público, con objetos que simulaban cargas explosivas y un cartel comunicando que Teng Siao Ping era hijo de los desdichados animales.

Por esos tiempos, la inmensa mayoría de los habitantes de Lima estaba seguramente preocupada en cómo hacerle frente a la política económica del grupo Dínamo y no tenía por qué interesarle que el entonces líder de la China comunista provocara las iras de algunas personas al otro lado del mundo. Hacían bien en no prestarle atención pues no eran precisamente los destinatarios del mensaje. Era una misiva de comunistas para comunistas o, mejor dicho, de maoístas para maoístas. Más preciso aún, de maoístas fundamentalistas que resistían a como diera lugar la muerte del Gran Timonel y la caída en desgracia de los cuatro de Shangai, para otros maoístas, más pragmáticos y

* Investigador de desco.

alineados con el gobierno chino de Teng, que paulatinamente iban despojándose de su cobertura ideológica hasta quedarle únicamente el lema —«el poder nace del fusil»— como huella de un pasado reciente.

Cómo no, también iba dirigida a los maoístas de las primeras horas que en los siguientes años iban a percibir que el faro de la revolución mundial había dejado los lares asiáticos, para desplazarse hacia la Albania de Enver Hoxha. Pero la cruzada senderista tuvo en los casi maoístas y ex maoístas solo la avanzada de los enemigos que debía pulverizar. En realidad, la lucha era contra los «revisionistas» y «reaccionarios», es decir, el espectro completo de la política mundial y peruana, incluyendo sindicalistas, dirigentes campesinos, líderes barriales, etcétera.

Incubando la revolución

La historia de esta tajante delimitación de fronteras entre los maoístas peruanos y sus enemigos se inició décadas atrás, hacia mediados de los años cincuenta, y no respondió en las formas a diferencias domésticas sino a un debate en el movimiento comunista internacional que dio como resultado su división en dos tendencias, aquella que continuó alineada con la dirigencia soviética y los liderados por los chinos que decidieron quebrar lanzas con la primera.

Chinos y soviéticos polemizaron en torno al legado de Stalin, por entonces recientemente fallecido, pero en realidad planteaban sus diferencias sobre lo que era la revolución y el comportamiento de un revolucionario, justo cuando la URSS consideraba que había llegado el momento de la «coexistencia pacífica» con los Estados Unidos. Los campos fueron

delimitándose y el tono agresivo iba en aumento hasta que en junio de 1963 se consolidó la ruptura. El comité central del PC chino remitió una carta al de la URSS indicándole que su política internacional se apartaba de los principios revolucionarios.

Así, la consigna fue clara para todos los comunistas del mundo. Había que seguir la línea y la política correcta del marxismo-leninismo para defender la unidad del campo socialista. De otro modo, se estaría fomentando la división y, por ende, ayudando a los capitalistas a agredir a los países socialistas hermanos. Así, la actuación esperable era la denuncia, el combate y, cuando se tenga la fuerza suficiente, la expulsión de los dirigentes que no comulgaban con el maoísmo. Cuando no se pudiera lo último, entonces quedaba el recurso de apartarse y formar el «legítimo» Partido Comunista.

Una cuestión fundamental que debe considerarse es que para los chinos no existían iguales potencialidades revolucionarias en todo el mundo. Interpretando los movimientos de liberación nacional, las tendencias descolonizadoras, el proceso cubano y los acontecimientos de Indochina, evaluaron que las contradicciones del mundo contemporáneo estaban concentradas en Asia, África y América Latina: «estas son las más vulnerables bajo el dominio imperialista y los centros de las tormentas de la revolución mundial, desde donde se asesta golpes directos al imperialismo».

De esta manera, la misión del comunista en tales regiones adquiriría connotaciones específicas. Por un lado, estaba la defensa del internacionalismo proletario en cada partido comunista, derrotando a las tendencias que se consideraban

«revisionistas» y, por otro lado, la necesidad de engarzar la «revolución democrático nacional» que se desarrollaba en estos países con la «revolución mundial proletaria».

Para hacer esta operación, ordenaban los chinos, el comunista debía tener confianza en «la fuerza de las masas», materializada en la alianza de obreros y campesinos. Sobre esta base, el partido debía unir todas las capas sociales que sea posible y organizar un gran frente unido «contra el imperialismo y sus lacayos».

Todo esto caló profundamente en los comunistas peruanos. No fue una cuestión de simple dogmatismo, como en muchas ocasiones se ha querido ver entre nosotros la pugna entre «pekineses» y «moscovitas», sino algo más complejo. En primer lugar, la importancia de la «línea» y la «política» seguida por el partido es crucial para el militante comunista. Su lealtad es medida en función al desapego de sus propios intereses y la subordinación a los del partido, «tanto en su mente como en sus actos», como pontificaba Liu Shao-Chi en 1964, poco antes de ser condenado él mismo como mal comunista.

En segundo lugar, el debate sobre la «línea correcta» llegó al Perú en un momento que no pudo ser más oportuno. Por entonces, la única expresión política de la izquierda marxista era el Partido Comunista Peruano (PCP) y su desenvolvimiento desde 1931 no era precisamente espectacular en lo que se refería a su influencia. Pero desde los años cincuenta esta situación varió considerablemente.

Los procesos de modernización capitalista que se escenificaban en el país, condensados en el crecimiento urbano y

el aumento de la cobertura educativa, motivaron la aparición de nuevos sectores sociales con una importante carga de expectativas y prestos a ser representados por las opciones que señalaban el cambio como la solución. A ello había que agregar el extendido movimiento campesino que pugnaba por disolver los vínculos gamonales que subsistían en el campo.

Esto revitalizó al PCP, aumentando su presencia entre los obreros y los empleados públicos, así como en el movimiento estudiantil universitario. Sin embargo, la dirigencia comunista evitó radicalizarse y, en su lugar, prefirió una creciente incorporación al sistema político formal, ocasionando un distanciamiento con sus bases más activas. En estas circunstancias, el debate chino-soviético fue sin duda importante para encuadrar la identidad del comunista peruano, pero también le otorgó elementos incuestionables para interpretar el comportamiento de los dirigentes así como el proceso seguido por el Partido. No es coincidencia que en ambas cuestiones haya estado involucrado, en cierto modo, un conflicto generacional y, asimismo, las presiones de sectores sociales que no estuvieron entre las prioridades de la organización, como fueron los campesinos.

En 1964, cuando la ruptura definitiva entre Pekín y Moscú se estaba consolidando, en el Perú el quiebre del PCP ya era definitivo. Los problemas surgidos durante la realización de la IV Conferencia Nacional provocan la división en dos facciones; una liderada por Jorge del Prado y Raúl Acosta Barrios, siendo el vocero oficial del partido el periódico *Unidad*; y la otra, liderada por Saturnino Paredes Macedo y José Sotomayor Pérez, entre otros, cuya línea se expresó en *Bandera Roja*.

El sector pro chino acusó a la dirección del PCP de electorerismo, corrupción y, principalmente, revisionismo, por haber supuestamente abandonado los principios marxistas leninistas. Caracterizarán a la sociedad peruana como semifeudal y semicolonial, asumiendo inmediatamente la táctica y la estrategia china: la guerra popular y prolongada. Luego vendrá la historia de las sucesivas destilaciones del grupo maoísta hasta aparecer, a inicios de los setenta, su producto más puro, más reducido pero también más letal: Sendero Luminoso.

Cómo llegar al paraíso

Hubo varios componentes de la propuesta china que resultaron atractivos para los comunistas peruanos. Sin duda, el protagonismo otorgado a los campesinos por el maoísmo, en un contexto en el que se estaba produciendo una activa presencia de este sector, fue un factor de primera línea. También la conclusión de la inevitabilidad de la revolución en el corto plazo en países como el Perú, que alimentaba el optimismo y la seguridad de los segmentos juveniles.

Pero, tal vez, lo más importante fue el método y las técnicas que transmitió, es decir, no solo indicar que debía hacerse la revolución sino también ofrecer las herramientas para llevarla a cabo. Décadas más tarde los peruanos veríamos las diferencias entre el foquismo derivado de la experiencia cubana y esta manera de hacer la guerra popular, en que la máxima utilización de escasísimos recursos era el principio rector. También veríamos cómo la pésima interpretación de los lineamientos políticos que debían conducir la acción armada de corte maoísta, como era la

construcción del frente único y la claridad en la línea de masas, condujo a los senderistas a la sangrienta catástrofe en que se convirtió su aventura.

Pero, la influencia del maoísmo no dejó su impronta solamente entre los comunistas. Entre los cincuenta y los sesenta fue formándose aquel sector que luego sería conocido como la nueva izquierda, muy influenciada por la revolución cubana pero que no dejó de mirar lo que acontecía entre chinos y soviéticos. Más aún, algunos de sus dirigentes fueron más allá e intuyeron que la experiencia china podía ofrecerles todo aquello que no encontraron entre los cubanos, especialmente la necesidad de construir un partido.

El entusiasmo por lo que ocurría en China trascendió las órbitas de las izquierdas a tal punto que sería imposible referirse a los sesenta, la década prodigiosa, poniendo de lado este proceso. Aunque en la actualidad, con Gao Xingjian y Dai Sijie de por medio, sería difícil hacer loas a la revolución cultural, lo cierto es que en los años que se llevaba a cabo despertó más de un entusiasmo y, algunos de ellos, tan prestigiosos como el de Jean Paul Sartre.

La guerra perpetua

El objetivo último declarado de la revolución cultural fue combatir el individualismo; mejor dicho, desterrar la influencia de la tradición en el comportamiento y costumbres para forjar así el nuevo individuo que requería la época que quedaría inaugurada con el advenimiento de la revolución. Tan trascendental misión

apenas escondía la encarnizada lucha por el poder que se había desatado en la jerarquía del PC chino pero, asimismo, su embrujo parecía más bien conducirse por el lado de la apuesta a una lucha infinita, a la fatal necesidad de no bajar las armas aún luego del triunfo de la revolución porque el enemigo, ayer los indecisos, hoy los traidores y mañana quién sabe, siempre estarían al acecho.

Es cuando quedó más claro que nunca aquello que reveló Andre Gorz en 1980, cuando publicó *Adiós al proletariado*: los fundamentos religiosos del maoísmo y del estalinismo, deificadores de un proletariado redentor de la humanidad. En este sentido, podemos conjeturar sobre la influencia que ejerció este momento de la revolución china en el líder senderista Abimael Guzmán. Como se sabe, su primera visita a ese país fue en 1965, año en que ya estaba vislumbrándose lo que sería denominada poco después la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Para Carlos Tapia es indudable que esta experiencia marcó a Guzmán y le otorgó las pautas con las cuales construiría su propia maquinaria política a su retorno al Perú. Por ejemplo, no podría comprenderse la intolerancia, el énfasis ideológico y el culto a la personalidad mostrados por Sendero sin esta circunstancia vivida por su líder. Pero, el convencimiento de encarnar la «línea correcta» no iba a generar por sí solo la adhesión que en un primer momento tuvieron los senderistas entre importantes sectores de la sociedad peruana.

Entonces, el arraigo del mensaje senderista no es un asunto que solo puede ser explicado por la ideología. Como advierte Barrington Moore, la cuestión es «saber cuándo y por qué unos seres humanos asesinan y torturan a otros seres humanos, a

los que se presenta como una amenazadora fuente de “contaminación” porque muestran ideas religiosas, políticas y económicas diferentes». Y esto no puede ser comprendido si obviamos las específicas condiciones socioculturales donde el mensaje fundamentalista se enraíza.

En gran medida, toman forma cuando aumenta la inseguridad ante la pérdida de vigencia de la norma y el orden, haciendo aflorar elementos subjetivos que no son evidentes en tiempos «normales», para «explicar» y actuar en estos lapsos excepcionales. De esta manera, veremos reactivarse sentimientos de religiosidad que servirán como herramientas para entender la angustiada situación del momento: milenarismo, apocalipticismo, profetismo toman forma para catalogar la crisis como «señales inequívocas del fin de los tiempos».

Pero, por otro lado, aquello que resulta ser una reacción espontánea ante la precariedad circundante, redundaría sin solución de continuidad si no está presente un agente sistematizador que otorgue contenido y, sobre todo, finalidad a estas pulsiones generadas en el seno de la sociedad. Este fue el papel cumplido por Sendero Luminoso y el centro mismo de la legitimidad que adquirió.

Para que suceda así, los dirigentes de Sendero Luminoso no solo debieron «leer» la realidad que se les presentaba ante sus ojos sino también «explicar» el proceso que había conducido a este estado de cosas y ofrecer «la salida» ante la situación apremiante. Sendero planteó una «guerra justa» donde la «venganza» debió ser el mecanismo equilibrante en circunstancias percibidas como inicuas y, además, en donde estaba ausente una

institucionalización que canalizara las demandas de restitución planteadas por la población.

La «guerra popular» propuesta por Sendero fue concebida como el momento final de una historia que se remonta a «quince mil millones de años de materia en movimiento» y, por lo mismo, como el momento decisivo en la lucha de contrapuestos, el bien y el mal, que debía resolverse en la armonía universal. Por eso, Guzmán planteó un esquema de períodos para la historia universal, en donde debía incluirse la historia del Perú, que mostrara en efecto que ese momento final, el «juicio» en términos cristianos, había llegado. El pensamiento Gonzalo, corporizado en Guzmán, era la revelación y el Partido el instrumento.

Esto mismo, según la lectura del senderista, describía la trayectoria del espíritu revolucionario. Desde la Comuna parisina hasta la muerte de Mao, este transmigró de un cuerpo a otro, hasta arribar finalmente al del obeso profesor de filosofía. Era él, ahora, el depositario de la trascendental misión de iniciar una nueva época universal.

En suma, aún queda mucho por explicar sobre cómo un producto residual del proceso seguido por la izquierda peruana, como lo fue Sendero Luminoso, se convirtió en el principal actor político del país durante las décadas pasadas. Indudablemente, el componente ideológico maoísta fue importante, como también lo fue la existencia de una base religiosa que permitió la construcción de un discurso milenarista y apocalíptico leído sin dificultad por una parte considerable de peruanos, especialmente aquellos que sentían de una u otra manera el impacto de la exclusión.

Sin embargo, lo anterior no es sino una generalidad que demanda ser desentrañada para hallar las claves de un asunto que sí se muestra contundente y lacerante: el desencadenamiento de una ola de violencia que costó la vida de 70 mil peruanos, la gran mayoría de ellos quechuahablantes.

desco / Revista *Quehacer* Nro. 148 / May. – Jun. 2004